

EN LA MUERTE DE CONSTANTIN NOICA

POR

JORGE USCATESCU

El apóstol incansable de la vocación filosófica hace tiempo se había convertido en ermitaño para servir la causa de la filosofía. En su ermita de Partinis, en Transilvania, al lado de la aldea que vio nacer a su amigo-hermano y en parte seguidor E. M. Cioran, desde donde enviaba sus mensajes optimistas a los amigos que dedicaban sus esfuerzos a la filosofía, acaba de morir Constantin Noica, el más importante pensador rumano de las últimas décadas.

Le habíamos visto a principios de julio de 1987. Su figura ascética, su paso firme y calmo, su dialéctica apasionada, mostraban un vigor de adolescente, a pesar de sus 78 años. La muerte de su amigo, Mircea Eliade, le había afectado mucho. «Tenemos que trabajar mucho», me dijo, «hay que llenar los huecos dejados por los muertos fecundos y por los vivos perezosos... He terminado mi *Tratado de lógica*», continuaba. «Antes de fin de año acabaré mi *Ontología*. He entregado mis últimos treinta años a los discípulos. Les he obligado a aprender sánscrito, griego y latín. Les he obligado a leer a Kant, Husserl y Heidegger, en original. Ahora me he librado de ellos y ellos de mí. Que vuele cada uno, ellos y yo, con sus propias alas». En una carta recibida diez días antes de su muerte nos decía que estaba *en forma*. Que Europa no empezaba en las brumas nórdicas del Sigfrido spengleriano, sino en la luz de la patrística en Nicea, donde brillaba aún, en plena gloria, la filosofía.

En una especie de retorno a «Mathesis o de las alegrías sencillas», obra con la cual Noica se hizo famoso, antes que sus coetáneos Eliade, Cioran, Ionesco, en 1934, el filósofo volvía a

practicar un renovado estoicismo sereno, lejos de los tormentos mesiánicos de Nietzsche, de la olímpica distanciamiento de Goethe o del neoheraclitismo de Hegel. Buscaba superar el *olvido del ser* mediante la magia reveladora de las «palabras de oro». Y sobre todo quería, siempre, dar testimonio. Ser ejemplar. Por eso sufrió en la cárcel, simplemente por ser, ontológicamente, libre. No quiso, ni antes, ni después, escoger el exilio. Para él la vocación filosófica estaba ligada en cierto modo al «*bumus*» de la Patria.

No quiso distanciarse de nada humano, aunque siempre manifestó su desprecio, tomó sus distancias ante una cierta política. La política manejada y llevada a ninguna parte —auténtica utopía— por los políticos. En un libro de «Homenaje» —titulado «Cultura y existencia humana»—, que amigos de España y Europa nos brindaron de cara a los 65 años de tan desdeñada (y acaso no tan desdeñable para quien de verdad quiera trabajar en el sentido que Noica consideraba, es decir, sin pausa) jubilación obligatoria, Noica publicó un trabajo titulado: «Jorge Uscatescu y su continente mental». Decía entonces, entre otras cosas: «Hay gentes políticas y gentes que son ministros del espíritu. De estos últimos es Jorge Uscatescu. Habrá que habituarse a menospreciar a los políticos, y esto sería quizás el comienzo del saneamiento espiritual de Europa. Habrá que reducirlos, en el caso, a su propio menester de simples intendentes o de empleados domésticos de la vida de los pueblos. Si se les otorga demasiada importancia como desgraciadamente se viene haciendo todavía —si se les *deja hacer*—, acaban siempre en el crimen y en el ridículo. Todo comienza con la estúpida frase del buenazo Napoleón a Goethe: *El destino es la política*. Y en esto seguimos desde hace dos siglos. Hora es de terminar (1). En 1978, en una resonante presencia en Madrid en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, Noica reprochaba también a Platón su célebre predisposición integradora del hombre en la política.

(1) Cfr. *Cultura y existencia humana (Homenaje a Jorge Uscatescu)*, 1985, Ed. Reus, págs. 255-261.

Valiente mensaje de esta ejemplar figura actual de la vocación filosófica, enterrado en un claro mediodía de diciembre en el amor de sus compatriotas, en la ermita transilvana de Paltinis.

* * *

En noviembre de 1961 nos ocupábamos del «caso Noica» en un amplio artículo publicado el día 29 de aquel mes y año de la campaña llevada a cabo en Occidente por amigos y admiradores suyos y encaminada a liberar al filósofo de las cárceles rumanas donde sufría junto a miles de amigos y compatriotas suyos. Es difícil imaginar, decíamos entonces, algo más triste, más desolador, más absurdo, que llevar ante la atención del mundo libre la tragedia humana y la aventura espiritual de un hombre que simboliza, por encima de todo, el amor a la libertad y la dignidad de los hombres. El filósofo rumano Constantin Noica es uno de estos hombres. En varios países de Occidente se lucha ahora por su libertad, ya que Constantin Noica fue condenado en 1959 a veinticinco años de trabajos forzados, y sería verdaderamente imposible explicar al mundo libre el porqué de su condena. En efecto, recordamos ahora, el pretexto «externo» de la condena de Noica, había sido una catta pública dirigida a él como «amigo lejano» que permanecía *in partibus infidelium*, —por su coetáneo que se abría, se había abierto ya en parte, el camino hacia la fama desde la «república de las letras», en París—, E. M. Cioran. Años más tarde, en sus visitas a París, Noica recordaría aquel «incidente» con verdadero humor. A nosotros que nos habíamos movido en Occidente para que fuera liberado de la cárcel nos decía: «Tú y los demás erais unos verdaderos inconscientes. Si se hubiera aceptado vuestro trato y hubieseis pagado mi liberación forzada, no habría tenido remedio, yo cristiano, que suicidarme. Detras de mí hubieran permanecido en prisión mis discípulos, que no tenían otra culpa que ésta: ser mis discípulos».

Pero volvamos al discurso del 61 y a nuestro texto-manifiesto

sobre Noica y su situación triste de entonces. Mientras el mundo libre, decíamos, hace todo lo posible para establecer nuevos lazos de comprensión con el mundo comunista; mientras constantes esfuerzos se realizan para mantener lazos culturales con los países que en el comunismo inspiran sus normas de vida, mientras la reina Isabel de Bélgica es huésped de honor, junto con su hija María José, de la China de Mao y la Rusia de Kruschchev, es verdaderamente difícil llevar a la conciencia de los hombres de un mundo libre el caso del filósofo rumano Constantin Noica.

Trazábamos entonces un breve perfil del filósofo, que tenía para entonces detrás de sí casi la mitad de su amplia y fecunda obra, que luego se completaría brillantemente. Constantin Noica, decíamos, es una de las figuras intelectuales más nobles, más puras de su país, a la vez que una de las mentes más auténticas y rigurosas. En la actualidad no debe tener más de cincuenta años. En 1934 publicaba ya, con gran éxito, su primera obra, *Mathe-sis o las alegrías sencillas*, y, en 1936, *Conceptos abiertos en la historia de la filosofía en Descartes, Leibniz y Kant*, obra premiada por la Academia Rumana. Su última obra publicada es de 1944 y se titula *Diario filosófico*. Esta era la situación en que se hallaba un escritor enormemente fecundo como Noica, en 1961. Luego, como veremos, cuando se levantaría la veda a sus publicaciones, proceso en el cual tenemos el especial orgullo de haber contribuido desde fuera con nuestras apelaciones, se verá el impresionante número de sus publicaciones filosóficas y hermenéuticas. En realidad, antes de 1944, año en que se inicia para muchos en Rumania el gran silencio, Noica había publicado: *Vida filosófica de Descartes* (1937); *De coelo* (ensayo en torno al conocimiento de lo individual); *En torno a la historia de cómo sería posible algo nuevo* (1940); *Dos introducciones y una transición hacia el idealismo* (1943), además de excelentes traducciones y estudios sobre Kant, San Agustín, Descartes, Fichte, Schelling, Hegel. La presencia de este filósofo admirado por Heidegger, en la conciencia intelectual de sus compatriotas es incomparable. Las ideas contenidas en sus obras inéditas, que son

todas las escritas desde 1944, circulan entre ellos como un patrimonio sagrado, incontaminado, puro. Escritores de gran prestigio, que han abierto grandes perspectivas para su propia obra en el mundo libre, consideran el magisterio y las ideas de Noica como la creación más limpia, incandescente, lúcida, la más libre y más vivificada, por el simbolismo que encierra, de la generación rumana, que en la miseria de su país y en el terror al cual ha sido sometido su espíritu, vive una existencia de catacumbas. «Esta adhesión profunda a la obra inédita de Constantin Noica no descansa en su carácter militante. Noica no es un militante activo contra el comunismo. Ni en su actividad, ni en su magisterio, ni en sus ideas el filósofo se ocupa del comunismo. Pero todo lo que él ha hecho, ha pensado y ha comunicado en estos actos, es la expresión de esta realidad tan sencilla y tan grandiosa para las perspectivas del mundo en que vive: la presencia de un hombre libre, animado por un espíritu libre. Constantin Noica ha tenido la ocasión de abandonar su país. No lo ha querido hacer. Ha consentido solo que su mujer y sus hijos lo hagan. Porque así, con su sola persona, ha querido dar testimonio de su fe de hombre libre. Sin agresividad, sin un movimiento concreto de lucha contra el régimen actual de su país. Únicamente con la presencia de un hombre libre, dispuesto siempre a dar testimonio de la verdad» (2).

* * *

Este era el Constantin Noica que conocimos, libre ya, de incandescente inteligencia, y al mismo tiempo de una firmeza de carácter sin par, en 1968. El mismo que vimos a principios de los setenta en París, junto con Mircea Eliade. Les había convocado a ambos en mi hotel familiar de la Rue du Mont Thabor en la capital francesa. Era la primera vez que Noica podía salir de su patria para ver a su familia y sus amigos y respirar nuevos

(2) Cfr. JORGE USCATESCU: *El tiempo de Ulises*, Editora Nacional, Madrid, 1963, págs. 77-85; JORGE USCATESCU: *Némesis y libertad*, Editora Nacional, Madrid, 1968, págs. 111-119.

aires de libertad. Eliade, que toda su vida había oscilado, con todo su enorme talento creativo, entre la vanidad y la ingenuidad política, incitaba a su amigo a exiliarse. «A mí no me interesa nada de lo que pasa en Rumania, sentenció Eliade. Si no me publican mis libros, no me interesan». Noica le escuchaba con su sonrisa angélica e irónica a la vez. Yo estaba medio indignado, porque consideraba que la actitud del «amigo famoso» era humillante para Noica que tanto había sufrido. Pero Noica ha sido la generosidad personificada. Volvía firme a Bucarest, entre sus discípulos que le admiraban y querían. Para publicar su obra, inmensa obra, y para ocuparse siempre con una generosidad incansable para que las obras de su amigo famoso de fuera fuesen publicadas, como ocurrió en casi su integridad. Ahora los dos grandes amigos —y también amigos admirados siempre por mí por igual, por muy diferentes que fueren sus caracteres— se ha ido para siempre. El pasado año, en la Fundación Pastor de Estudios Clásicos de Madrid y en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Roma, conmemoraba yo con todo entusiasmo a un Eliade, hombre de ciencia de grandes recursos y gran prestigio. Y lo defendía con todo vigor contra la insidiosa campaña de algunos estudiosos neopositivistas italianos de la Escuela de Petazzoni, que en el tratamiento de los mitos veían para el gran profesor de Chicago residuos *ideológicos* irracionalistas.

Ahora, quien entra en mis ensanchados dominios de la melancolía es Constantin Noica. El filósofo, el hombre de una pieza, el amigo constante, siempre alerta a la amistad y al consejo, siempre fiel.

Y así se vuelve al discurso del 61 y del 68. Cuando proseguíamos en su defensa. «Ha sido —decíamos en 1961 y lo recordábamos en 1968, con Noica ya libre— esta actitud suya de hombre libre en un sentido casi absoluto, lo que más ha irritado a los que le han condenado. No le han podido acusar concretamente ni de conspirador, ni de tráfuga, ni de enemigo de una patria que ya no es patria de nadie, sino un vasto cementerio de todos. Pero había algo mucho más grave, más acusador en el magisterio de su persona y sus ideas: el valor ejemplar de

la libertad en su encarnación más limpia y humana. Este Sócrates joven y trágico, lúcido y apasionado, identificado en su espíritu y su carne con el drama sin límites y sin horizontes de los hombres de su tierra, no podía permanecer en el seno de una sociedad estandarizada y sombría para predicar con su ejemplo algo que es el mayor peligro para el nuevo Leviathan: la presencia incontaminada de un hombre que ha logrado conservar intactos sus perfiles humanos».

Los temas que entonces contenían los inéditos de Noica eran temas que no tenían contingencias con la situación política en la cual el filósofo se había encontrado en sus últimos años. *Lysys o en torno al sentido griego de la filosofía; Esencia y Ser; Introducción a una filosofía sistemática; Devenir en el ser; Tentativa de una filosofía sistemática; Anti-Goethe* (dos volúmenes); *Historias según Hegel (contra la fenomenología del Espíritu); El circuito metafísico; Tratado de lógica* (en preparación entonces y terminado años más tarde, en Paltinis, poco antes de su muerte). Una vasta obra, inspirada en una concepción socrática de la filosofía. Una filosofía entendida como especulación pero también como escuela, como *Paideia*, como acercamiento profundo, imposible de hallar en el espíritu de la Universidad, de la cátedra, del sistema. La idea de una Escuela, en un sentido humano, ejemplar, preocupaba al filósofo rumano hacía muchos años. Era el tema central de su *Diario filosófico* de 1944.

A Noica le preocupaba la idea de una escuela donde no se enseñara nada. «Estados del espíritu —escribía él—, esto se debe brindar a otros; no contenidos, ni consejos, ni enseñanzas». Nunca abandonaría Noica esta actitud, ni siquiera en sus últimos años, cuando tenía que enfrentarse con ciertas ingratitudes y los rigores de su sólida enseñanza y su incitación a una siempre sólida preparación filológica y filosófica, se traducían en cierta pedantería y autosuficiencia de algunos discípulos salidos de los «encuentros de Paltinis». Cosa que le llevaría a escribirme: «Estoy algo cansado de discípulos y seguidores. He perdido mucho tiempo con ellos. Ignoro los resultados verdaderos». Pero otros eran sus entusiasmos cuando escribía en su «Diario» de un Noica aún

joven y siempre esperanzado: «Sueño con una escuela donde no se enseña en realidad nada. Vivir pausada y convenientemente, al margen de una ciudad, para que los hombres jóvenes, algunos hombres jóvenes del mundo, vengan allí con el fin de liberarse de la tiranía de los profesores. Porque todo y todos les dan lecciones. Todo ha de ser aprendido desde fuera y de memoria y lo único que se les permite, de vez en cuando, es hacer preguntas. ¿Pero no veis que también ellos han de decir algo? ¿Y no veis que nosotros no tenemos siempre algo que decirles? Somos solo mediadores entre ellos y ellos mismos (pero esto no se les debe decir)». Es la suya, la de Noica, una escuela donde el maestro también aprende. «Una escuela donde el maestro no aprende a su vez es un absurdo». Una escuela donde se intenta pensar de un modo vivo, a saber: procediendo mediante totalidades, unas totalidades a deducir de elementos infinitesimales. «Aristóteles —la única vez que me atrae—, nos brinda un ejemplo sugestivo. Imaginaos un ejército —dice él— echando a correr en desorden. En un determinado momento un soldado se detiene. A su alrededor se detienen otros cuatro o cinco. Luego, alrededor del núcleo formado por ellos, se reúnen otros y, de repente, todo el ejército se vuelve cara al enemigo dispuesto a luchar nuevamente. Esto significa «vida»: uno solo, el elemento infinitesimal, puede coagular el resto. Un solo individuo puede vertebrar todo. No subes, matemática y gradualmente, de lo sencillo a lo compuesto, sino que subes, sin componer, de lo sencillo al todo. Es la paradoja de la vida, pero la paradoja de cualquier vida».

* * *

A los profesores de su tiempo Noica los compara al hermano del hijo pródigo, el hurafío del que habla el Evangelio: «Veo tan concretamente a este hermano moral que le oigo emitir juicios sobre el mundo de hoy tomando actitudes, dando clases, participando y, sobre todo, negándose. Ya que no es un hombre curioso —como cualquier tipo sedentario— vendrá a ver qué hacemos en la escuela. Alguien de nosotros le dirá en la cara: "Eres

el hermano del hijo pródigo". El no oye bien, porque todos los orgullosos son algo sordos y dirá: "Perdonadme: soy el profesor...". Y esperará que le preguntemos qué materia profesa. Pero nadie le preguntará».

Saber es empezar. Al saber concreto, al saber sabido, el filósofo prefiere la aproximación de lo pensado. Ni la cultura, ni menos la filosofía son posibles sin amor; son simples vehículos de conceptos: «El hijo pródigo posee la voluntad. El hermano del hijo pródigo posee la curiosidad y el orgullo. ¿Quién peca más? Acaso ambos poseen la curiosidad. Pero el hijo pródigo abre la puerta; el hermano mira por la mirilla». Considerando la historia de la filosofía, Noica ve la serie de filósofos sin el *demonio de la filosofía*. El padre de todos ellos, Aristóteles. En la filosofía alemana —Kant, el conocimiento; Fichte, lo ético; Schelling, lo orgánico; Hegel, el espíritu— ve él, sobre todo, una filosofía de la libertad.

En los regímenes de libertad los hombres caen bajo una tiranía: la del lugar común. La razón es libertad. Pero el hombre no se define en la libertad solamente, sino mediante su permanente devenir. La filosofía la concibe el filósofo, como la religión, mediante el concepto de la caída. También en el plano del conocimiento ha habido un paraíso perdido. «Una de las principales certidumbres de la filosofía es precisamente la de que el hombre es un ser caído y limitado». Por otra parte, todos los mitos, entre ellos el de la filosofía, participan del mito de la caída. Es absurdo pretender de la filosofía la *verdad*. Verdades, sí; pero no la verdad. La filosofía te brinda la dirección de la verdad. No la verdad misma. Noica define «poco serio» a Goethe cuando afirma: «Todo lo que me enriquece es *verdadero*». El acto del conocimiento es enajenación, entrega, pérdida, riesgo. No es *a-simil-acción*, sino *alter-acción*. Te desvitalizas vitalizando. La filosofía de Noica es la filosofía del encuentro con el *otro*. Lo esencial es encontrarse con el otro. «Sigo con interés, cuando se paran dos trenes en una estación, con qué avidez se miran los hombres unos a otros. Sería mezquino concluir que quieren en-

contrar un conocido. No es un sentimiento metafísico: quieren ver al *otro*. Cada uno se ve a sí mismo en el otro. Y se ríe».

Desde que su patria había dejado de ser una patria y muchos amigos suyos habían tomado el camino del exilio o habían aceptado, quedándose en el país, el camino del martirio, Constantin Noica escogió su propio destierro. Un destierro lleno de riesgos, de sufrimiento, de terror; pero un destierro sin nostalgia, rodeado de paisajes y cargado de lirismo como es cuando se escoge su propia patria como lugar del exilio. En una ciudad de provincia, en Câmpulung, enseñaba a un grupo de amigos y seguidores filosofía y literatura. Eran los años 50, los años sin piedad del stalinismo. Su pecado era precisamente éste: el de enseñar libremente, pese a que lo que enseñara no tuviera contingencia alguna con el hecho político, ni con el régimen o forma de gobierno del totalitarismo stalinista. Un pecado que equivale, para la mentalidad comunista, a un acto de «conspiración contra la seguridad del Estado y de inteligencia con el enemigo». El Ministerio de Pública Instrucción había exigido del filósofo que suprimiera de su volumen *Historias según Hegel*, presentado para su publicación en 1958, el capítulo sobre la idea de libertad en Hegel. Al negarse a hacerlo, Noica se convirtió en enemigo del régimen. Su suerte había sido decidida. El joven maestro, que en medio del terror y la tormenta, la degradación, la miseria; quiso conservar su entereza espiritual e intentó buscar un rincón posible como una añorada utopía, donde enseñar filosofía, estaba por esto mismo condenado de antemano. Condenado por enseñar una nueva manera de acercarse al mundo de las ideas a Platón, a Aristóteles, a San Agustín, a Pascal, a Descartes, a Leibniz, a Hegel, a Kant y a Goethe, en una nueva manera de conciliar en una síntesis actual razón y fe. Con él fueron acusados y condenados sus discípulos y amigos.

* * *

La historia de hoy parece una historia de siempre. El Leviathan, el tirano, odia al filósofo, su dignidad, su libertad y

busca su perdición. Pero no nos engañemos. La historia es bien nueva, ya que el tirano de hoy no persigue solo las voces libres que claman, sino las más recónditas vibraciones de una conciencia que en su propio profundo silencio («hay en nosotros algo más profundo que nosotros mismos», escribía una vez Noica recordando a San Agustín), formula la más aleccionadora protesta.

En una postdata a nuestro manifiesto del 61, escribíamos en 1968, en un texto que se insertaba en nuestro libro «Némesis y libertad»: «Han pasado algunos años desde que las páginas anteriores fueron escritas. Un nuevo proceso se ha realizado hacia la liberación en el país de Constantin Noica. La voz del filósofo, voz que clamaba con serenidad, con nobleza, por lo que siempre ha habido de esencial en la libertad, ha vuelto a resonar, sin rencores, sin recordar sufrimientos pasados. En la *Gaceta literaria* del 7 de marzo de 1968, el filósofo, ya en libertad, restauraba el poder indestructible, la estructura misma de la palabra. Será éste uno de los *leit-motivs* de sus preocupaciones futuras hasta la muerte. Así tratará, en términos ontológicos, el *habla* (ros-tire) rumana, la poética del más grande lírico rumano, Mihai Eminescu. Así se acercará, con una originalidad sin par, a los mitos y cuentos populares rumanos, con el prodigioso texto, creemos aún inédito, que nos confiara un día «*Tinerete fără bătrânețe*» (*Juventud sin vejez y vida sin muerte*), uno de los más penotran-tes estudios del mito de la eterna juventud en su originalísima versión rumana. Así, en el manuscrito de sin par belleza sobre la suerte del «Hermano Alejandro» que nos entregó una vez para que viera la luz después de su muerte. «Cuando caminas en el bosque —escribía él en la página de 1968 en la *Gaceta Literaria*— caminas por la palabra bosque tal como lo decía un pensador de hoy, Heidegger». Y, proseguía: «Cuando amas caminas por la palabra amor; cuando conoces, caminas por la palabra conocimiento; cuando vagas, vagas por la palabra vagancia, como el hijo pródigo». El *leit-motiv* del hijo pródigo vuelve con el filósofo en libertad. Vuelve con el deseo auténtico de un encuentro verdadero consigo mismo, deseo de plenitud sobre las huellas de un concepto tan fundamental como la esencia misma

de su pueblo: el concepto de «temei» que es, al mismo tiempo, fundamento, estructura, fortaleza de espíritu y búsqueda ontológica de la libertad en libertad.

* * *

Pasaron los años. Los encuentros con Noica se hicieron costumbre y necesidad del espíritu. En 1968, en el puerto de Constanza, por vez primera en contacto con él, ya libre, en coincidencia con pisar nosotros por primera vez la tierra patria, después de años largos de ausencia. Noica el entrañable, el familiar, el lúcido, el incandescente, enamorado hasta las raíces de su patria y de las tareas constantes, incansables, de la inteligencia. El triturador de ideas, en suave permanente rechazo de todas las ideas comunes posibles y de todas las cosas simplemente aprendidas. Y luego diálogo permanente, correspondencia sin prisas y sin pausa y una y otra vez encuentros personales. Anfitrión en lugares de paz y hospedaje como el «Haniel Ancutzei» de Bucarest. O en París, en la bella casa de sus primos, allí establecidos, rodeado de amigos suyos y admiradores sin reservas. O huésped mío y de mi esposa en Madrid, en mi casa. O el mensaje inolvidable —único— de Noica, al perder para siempre a la dulce compañera de mi vida. Hombre de inefables, sobrias delicadezas fue Constantin Noica.

Y de trabajo incesante. Obras publicadas una tras otra. Y viajes a Alemania y Francia e Inglaterra en busca de su hijo adorado y de la difusión de sus ideas y de las obras de los pensadores y escritores rumanos injustamente ignorados. Hombre de cultura hasta los tuétanos y apóstol generoso como ninguno de las ideas siempre renovadas, siempre repensadas. Hombre excepcional, amado y admirado por todos, incluidos los de muy distinta ideología. Ninguno de su generación más merecedor de las simpatías de todos, milagro de una personalidad presente en un mundo de insidias, desuniones e envidias deplorables. Ninguno, como él, tan dispuesto a descubrir los secretos milagros de la palabra en su idioma. Ninguno más inclinado a detectar valores

rumanos en el campo del pensamiento. Reivindicador del pensamiento enciclopédico de un Demetrio Cantemir, Príncipe de la Ilustración. O de los valores del gran poeta Eminescu, «milagro de la cultura rumana», hombre plenario de esta cultura, «rey del pensamiento humano» como lo definiría en su tiempo el crítico Titus Maiorescu.

En verdad que nuestro entusiasmo por lo que Noica hacía y decía y escribía y publicaba dentro y fuera de su patria nunca ha decaído. Sus libros eran sus principales mensajes. Así, su «Eminescu sau gânduri despre omul deplin al culturii românești»; su «Desparțirea de Goethe»; su «Spiritul românesc în cumpăna vremii» (Șase maladii ale spiritului contemporan), sus libros de estructura puramente filosófica, sus nuevos acercamientos a la filosofía de Platón, Aristóteles, Hegel. Su falta absoluta de concesiones a una ideología oficial. Sus generosos, constantes comentarios a nuestros propios escritos y a nuestra actividad, dentro y fuera de Rumania. Nadie más abierto, más alerta a la actualidad y más generoso ante el esfuerzo cultural que el noble ermitaño de Paltinis, el maestro indiscutible del pensamiento rumano durante los últimos cincuenta años. Nadie de su generación o de la generación posterior a la suya estará nunca a su altura. Nadie alcanzará la dimensión de su personalidad, ni su originalidad de pensamiento y de interpretación.

El 3 de marzo de 1974 acabábamos de recibir uno de tantos libros que Noica nos enviaba, con fresca tinta, en aquella época, y publicábamos un comentario en un importante diario madrileño (3). El comentario llevaba por título: «Noica y el olvido del ser». El comentario decía esto y con ello queremos acompañar al gran amigo desaparecido, en su último viaje hacia la eternidad. El filósofo Noica, decíamos, acaba de publicar en Bucarest un nuevo libro de fascinante interés sobre el milagro metafísico de la palabra, que completa sus preocupaciones en esta materia, a las cuales nos referíamos aquí en otra ocasión. El libro

(3) Cfr. JORGE USCATESCU: *Fragmentarium*, Ed. Forja, Madrid, 1984, págs. 155 y sigs.

trata de la «Creación y la belleza en el habla rumana», pero sus perspectivas podemos asegurar que son más amplias y más hondas de lo que esta escueta y faltalmente mutilada traducción del título puede indicar.

Hombre de vasta formación filosófica, cuyos escritos sobre Platón y Hegel poseen una gran originalidad, Noica vive, a través de su conducta y su magisterio ejemplar, en un estado de tensión y combustión última de las ideas y sus posibilidades de expresión. Ante el formalismo que domina amplios sectores de investigación, pero sobre todo el lingüístico y antropológico, y ante la muerte o «superación» de la metafísica, Noica busca nuevas energías creadoras en un reducto que hasta ahora parecía invisible o cuyas reservas creadoras parecían agotadas. El «habla» entendido a través de una bella y curiosa semántica. La lengua rumana pone una auténtica carga metafísica en el mismo nombre que adopta para definirse: «rostire», que tiene sus orígenes latinos en «rostrum», norma, cara metafísica de la responsabilidad. Siguiendo la huella del milagro expresivo de las palabras, Noica parte de un principio que asegura, a través de ellas, la fuente de la creación y la belleza: su radical intraducibilidad. En esta línea, un texto del gran poeta Eminescu le sirve de punto de partida: «Esta parte intraducible de un idioma forma su verdadero patrimonio». Este tesoro patrimonial, este segundo tesoro profundo, logra revelarles Noica siguiendo los rastros originarios de las palabras.

En este esfuerzo recuerda el proyecto del antiguo Antiphon, el cual quiso enterrar una cama para mostrar que su esencia era la madera. Lo mismo ocurre con las palabras. Enterradas en su «humus», lo que brota no son palabras, sino el habla (rostro). En este proceso Noica ve en el Ser algo que se oculta. Lo contrario que Heidegger, que en el Ser y la Verdad quiere ver algo que no se oculta, algo que en cierto modo se revela, como en la «Alétheia» de los griegos primeros. La vasta gama que ofrecen a Noica en su propio idioma, las modalidades de empleo del verbo «ser», le ayuda en abundancia para desplegar las posibilidades que brinda este tesoro, intraducible, no revelable, pero re-

velador en extremo. Pero ocultación y olvido no son la misma cosa ni para Heidegger ni para Noica.

El Ser se manifiesta en un singular olvido del Ser, tan caro, por otra parte, a Hölderlin y al propio Heidegger. Jünger decía que mientras Heidegger se complace en proclamar el olvido del Ser, la palabra la arranca de su propio olvido y la levanta del «humus» del bosque. Pero las «palabras de oro» que Noica descubre no implican el olvido del Ser, sino dejan el privilegio del olvido creador al propio lenguaje, enterrado en su «humus» fecundo germinador de belleza.

En los trece años transcurridos entre la publicación del libro comentado y la fecha de su muerte, el interés de Noica en trazar los términos de una «Ontología» que no fuese una de tantas reediciones de la Escolástica ha sido constante. Un libro suyo de real contenido y originalidad de 1978, «Sentimentul românesc al ființei» (*El sentimiento rumano del Ser*) marca con rasgos definitivos esta preocupación y búsqueda última del gran filósofo rumano ahora desaparecido. La pregunta por el Ser se torna así constante culminación y también iluminación en la Ontología de Constantin Noica. «Cuando recibes una respuesta tú te *iluminas*, decía Noica en los comienzos de aquel libro. Pero cuando tú te planteas una pregunta, en cambio, *iluminas* las cosas». La obra del filósofo que descansa ahora en la soledad de la montaña de Paltinis fue un constante diálogo iluminante. Diálogo entre la iluminación de sí mismo y la iluminación de las cosas y la realidad que le rodea a uno mismo. Iluminación que da luz a un hombre sólo, inscrito en una sencilla lápida: *Constantin*.